

chaparrón que había puesto todo el suelo amarillo, hasta los pantanos y las charcas rebosaban, y no salían de entre las arenas sino hebritas de yerba á orillas del camino; encontré una rama rota en el suelo, que tenía manzanas, cogí aquella rama porque no sabía que me haría ella sufrir castigo. Tres meses hace que estoy en la cárcel y que me traen arrastrando. Y sobre todo, yo no puedo decir nada más; hablan contra mí, me dicen: ¡Responda usted, responda! El gendarme, que es un buen muchacho, me empuja con el codo y me dice muy bajito: — ¿Y por qué no respondes? anda, tonto, responde. Yo no me sé explicar, no he seguido estudios; soy un pobre diablo. Hé ahí lo que hacen mal en no querer ver. Yo no he robado, recogí del suelo cosas que encontré allí. Usted dice Juan Valjean, ¡Juan Mathieu! Yo no conozco á esas personas. ¿Son aldeanos? Yo he trabajado en casa del señor Baloup, boulevard del Hospital. Me llamo Champmathieu. Ustedes son muy maliciosos en decirme donde yo nací, pues yo hasta ahora lo ignoraba. Todos no tenemos casas para venir al mundo en ellas. Eso sería muy cómodo. Yo creo que mi padre y mi madre eran gentes que iban por los caminos; es todo lo que yo sé. Cuando era niño, me llamaban Pequeño, ahora me llaman Viejo. Estos son mis nombres de bautismo. Tomen ustedes eso como quieran. Yo he estado en Auvernia, he estado en Faverolles. ¡Pardiez! Y bien, es que no puede uno haber estado en Auvernia y en Faverolles, sin haber estado en presidio? Yo digo á ustedes que no he robado y que soy el tío Champmathieu. He estado en casa del señor Baloup, he estado domiciliado. En fin, ustedes me fastidian con sus tonterías. ¿Por que ha de estar la gente así tan encarnizada contra mí?

El abogado general, que había permanecido de pie, se dirigió al presidente y le dijo:

— Señor presidente, en vista de las denegaciones confusas, pero muy hábiles, del acusado, que quisiera hacerse

pasar por idiota, pero que no lo logrará, — téngalo así entendido, — requerimos que se digne su señoría y que se digne el tribunal citar de nuevo á este recinto á los condenados Brevel, Cochepaille y Chenildieu, y al inspector de policía Javert, é interrogarlos por última vez sobre la identidad del acusado con el galeote Juan Valjean.

— Haré observar al señor abogado general, dijo el presidente, que el inspector de policía Javert, llamado por sus funciones á la cabeza de un partido inmediato, ha abandonado la audiencia y áun la ciudad, tan pronto como hizo su declaración. Le hemos otorgado la correspondiente autorización con el beneplácito del señor abogado general y del defensor del acusado.

— Es justo, señor presidente, respondió el abogado general. En ausencia del inspector Javert, creo deber recordar á los señores jurados lo que dijo él aquí hace pocas horas. Javert es un hombre estimado que honra, por su rigurosa y estricta probidad, funciones inferiores pero importantes. Hé aquí en qué términos ha declarado: — « Yo » no necesito siquiera presunciones morales ni pruebas » materiales que desmientan las denegaciones del acusado. Le reconozco perfectamente. Este hombre no se » llama Champmathieu; es un antiguo presidiario muy » malo y muy temido, llamado Juan Valjean. No le liberaron al concluir su condena sino con grande pesar. Ha » sufrido diez y nueve años de cadena por robo calificado. » Cinco ó seis veces intentó evadirse. Además del robo » Gervasito y del robo Pierron, yo le sospecho aún de » otro robo cometido en casa de Su Ilustrísima el difunto » obispo de D. Le ví muchas veces, en la época en que » fui adjunto-guarda-chusma en el presidio de Tolon » Repito que le reconozco perfectamente. »

El presidente transmitió una orden á un alguacil, y á los pocos instantes se abrió la puerta de la sala de los testigos.

El alguacil, acompañado de un gendarme dispuesto á ayudarle si era menester, introdujo al presidiario Brevet. El auditorio quedó en suspenso, y todos los pechos palpitaron como si no hubieran tenido sino una sola alma.

El antiguo galeote Brevet llevaba la chaqueta negra y gris de las casas centrales. Brevet era un hombre como de sesenta años, que tenía el porte de un hombre de negocios y las trazas de un bribon: cosas que á veces suelen ir juntas. En la cárcel adonde le habían conducido nuevas fechorías, había llegado él á ser algo como portero de golpe, ó celador. Era un hombre de quien decían sus jefes: Procura siempre hacerse útil. Los capellanes certificaban bien sobre sus costumbres religiosas. Conviene no olvidar que todo esto pasaba bajo la Restauración.

— Brevet, dijo el presidente, usted ha sufrido una condena infamante, y no puede prestar juramento.

Brevet bajó los ojos.

— Sin embargo, continuó el presidente, aún en el hombre á quien la ley degrada, puede quedar, cuando la piedad divina lo permite, un sentimiento de honor y de equidad. Á este sentimiento es al que apelo yo en esta hora decisiva. Si aún existe en usted, y yo espero que así será, reflexione antes de responderme; considere por una parte á ese hombre á quien una palabra de usted puede perder, y por otra parte la justicia, á la cual puede iluminar una palabra de usted también. El momento es solemne, siempre estamos á tiempo de que usted se retracte, si cree haberse engañado.

— Acusado, levántese. — Brevet, mire usted bien al acusado, recoja usted y fije bien sus recuerdos, y díganos, en su alma y conciencia, si persiste en reconocer á este hombre por su antiguo camarada de presidio, Juan Valjean.

Brevet miró al acusado, y después se volvió hácia el tribunal.

— Sí, señor presidente. Yo fui el primero que le reco-

nocí y persisto en lo dicho. Este hombre es Juan Valjean, entrado en Tolon en 1796 y libertado en 1815. Yo salí el año siguiente. Ahora presenta ademanes de una bestia; quiere decir que la edad le ha embrutecido; en presidio era solapado. Le reconozco positivamente.

— Vaya usted á sentarse, dijo el presidente. Acusado, permaneced de pié.

Enseguida introdujeron á Chenildieu, condenado á vida, según lo indicaban la casaca roja y el gorro verde. Sufria su pena en el presidio de Tolon, de donde le habían traído para este proceso. Era un hombrecito como de unos cincuenta años, vivo, arrugado, amarillento, de aspecto miserable, descarado, febril, mostrando en todos sus miembros y en toda su persona una especie de debilidad enfermiza, y en la mirada una fuerza inmensa. Sus compañeros de presidio le habían transformado malignamente el nombre, apodándole *Je-nie-Dieu* (Yo-niego-á-Dios) en vez de Chenildieu.

El presidente le dirigió las mismas palabras, con corta diferencia, que á Brevet. En el momento en que le recordó que su infamia le privaba del derecho de prestar juramento, Chenildieu levantó la cabeza, y miró al público de frente. El presidente le invitó al recogimiento y le preguntó, como á Brevet, si persistía en reconocer al acusado.

Chenildieu dió una carcajada.

— ¡Pardiez! dijo, si le reconozco! como que hemos estado uncidos con la misma cadena cinco años. Mira, veje, por qué estás de hocico conmigo?

— Vaya usted á sentarse, le dijo el presidente.

El alguacil trajo entonces á Cohepaille. Este otro condenado á cadena perpétua, venido también del presidio de Tolon y vestido de rojo como Chenildieu, era un labriego de Lourdes y un medio oso de los Pirineos. Había guardado rebaños en la montaña, y de pastor, deslizándose en la vida de bandido. Cohepaille no era ménos

salvaje y parecía más estúpido aún que el acusado. Era uno de esos seres desgraciados que la naturaleza bosqueja en bestias y la sociedad acaba en galeotes.

El presidente procuró moverle con algunas palabras patéticas y graves, y le preguntó, como á los dos anteriores, si persistía, sin turbarse y sin vacilar, en reconocer al hombre que estaba de pié frente de él.

— Es Juan Valjean, dijo Cochepaille. El mismo á quien llamábamos Juan-el-Gato, por lo fuerte que es.

Cada una de las afirmaciones de estos tres hombres, evidentemente sinceros y de buena fe, habia sublevado en el auditorio un murmullo de mal agüero para el acusado, murmullo que crecía y se prolongaba más, cada vez que una nueva declaracion venía á agregarse á la anterior. Por lo que hace al acusado, las habia escuchado todas con aquel semblante lleno de extrañeza y admiración que, segun la acusacion, constituía su principal medio de defensa. Á la primera, los gendarmes sus vecinos le habian oido mascullar entre dientes: — ¡Ea bien! y va uno! Despues de la segunda, dijo en tono algo más elevado, y con ademan casi satisfecho: — ¡Bueno! Á la tercera exclamó: — ¡Famoso!

El presidente le interrogó:

— Acusado, ¿ha oido usted? ¿Qué es lo que tiene que decir?

Él respondió:

— Digo: — ¡Famoso!

Un rumor prolongado se hizo oír en el público y casi participó de él el jurado, Era evidente que el hombre estaba perdido.

— Porteros, dijo el presidente, hagan ustedes que se restablezca el silencio. Voy á cerrar los debates.

En este instante se notó un movimiento al lado del mismo presidente, y oyóse una voz que gritaba:

— ¡Brevet, Chenildieu, Cochepaille! Mirad á este lado

Todos cuantos oyeron aquella voz se sintieron como helados de espanto, tal era de lamentable y terrible. Las miradas se dirigieron hácia el punto de donde ella partía. Un hombre, colocado entre los espectadores privilegiados que ocupaban los asientos que estaban detras de la mesa del tribunal, acababa de levantarse, habia empujado la portezuela de la baranda que separaba al tribunal del pretorio, y se hallaba de pié en medio de la sala. El presidente, el abogado general, el señor Bamatabois, veinte personas más le reconocieron, y exclamaron á la vez:

— ¡ El señor Magdalena !

XI

CHAMPMATHIEU CADA VEZ MAS ASOMBRADO

Y era él en efecto. La lámpara del escritorio alumbraba su rostro. Tenía el sombrero en la mano, no se notaba el menor desorden en su ropa. Llevaba la levita abotonada con esmero. Estaba muy pálido y temblaba ligeramente. Sus cabellos, grises aún en el momento de su llegada á Arras, se hallaban ahora enteramente blancos. En el espacio de una hora que estaba allí había encanecido. Todas las cabezas se levantaron. La sensación fué indescriptible. Hubo en el auditorio momentos de hesitación. La voz había sido tan punzante y desgarradora, parecía tan tranquilo el hombre que la había pronunciado y que se hallaba allí en presencia de todos, que al principio nadie comprendió lo que aquello podía significar. Preguntábase todo el mundo quién había gritado; pues parecía increíble que aquel hombre tan sereno hubiese lanzado un grito tan espantoso.

La indecisión no duró sino algunos segundos. Aún antes que el presidente y el abogado general hubiesen podido decir una palabra; antes que los gendarmes y los alguaciles hubiesen podido hacer un gesto, el hombre á quien todos llamaban aún en aquel momento el señor Magdalena, se había adelantado hácia los testigos Cochepaille, Brevet y Chenildieu.

— ¿No me reconocéis? les dijo.

Todos tres quedaron cortados y sobreecogidos é indicaron con un signo de cabeza que no le conocían. Cochepaille, intimidado, hizo el saludo militar. El señor Magdalena se volvió entónces hácia los jurados, y hácia los magistrados, y dijo con una voz tranquila y dulce:

— Señores jurados, hagan ustedes poner en libertad al acusado. Señor presidente, hágame usted prender. El hombre á quien ustedes buscan, no es ese, soy yo. Yo soy Juan Valjean.

Ni una sola boca respiraba. Á la primera conmoción de asombro, había sucedido un silencio sepulcral. Notábase en la sala esa especie de terror religioso que invade á la muchedumbre cuando sucede alguna cosa grande.

Sin embargo, en el semblante del presidente se hallaba como grabado un sentimiento de simpatía y de tristeza; había cambiado una señal rápida con el abogado general y algunas palabras en voz baja con los consejeros asesores. En seguida se dirigió al público, y preguntó con un acento que todos comprendieron:

— ¿Hay en la sala un médico?

El abogado general tomó la palabra, y dijo:

— Señores jurados, el incidente tan extraño y tan inesperado que turba la audiencia en este momento, no nos inspira, lo mismo que á vosotros, sino un sentimiento que no hay necesidad de expresar. Todos vosotros conocéis, á lo ménos de reputación, al honorable señor

Magdalena, acaide de M. Si hay un médico en el auditorio, nosotros unimos nuestra voz á la del señor presidente para rogarle que tenga á bien asistir al señor Magdalena y hacerle conducir á su casa.

No dejó siquiera el señor Magdalena concluir al abogado general, á quien interrumpió con un acento lleno de mansedumbre y de autoridad. Hé aquí las palabras que pronunció; hélas aquí literalmente, tales cuales fueron escritas inmediatamente despues de la audiencia por uno de los testigos de aquella escena, tales como resuenan aún en los oídos de los que las oyeron, hace ya cerca de cuarenta años.

—Doy á usted miles de gracias, señor abogado general, pero yo no estoy loco. Va usted á verlo. Estaban ustedes á punto de cometer un grande error; pongan en libertad á ese hombre, yo no hago más que cumplir con un deber; ese infortunado presidiario soy yo. Yo soy el único que ve claro en esta materia, y les digo á ustedes la verdad. Lo que hago en este momento, Dios, que está arriba, lo ve, y esto me basta. Pueden ustedes apoderarse de mí, puesto que aquí me tienen á su disposicion. Y sin embargo he obrado lo mejor que he podido. Me he disfrazado bajo otro nombre; he llegado á ser rico, he llegado á ser alcalde; he querido entrar en la sociedad de las gentes honradas. Mas parece que esto no puede ser. En fin, hay muchas cosas que no me es posible decir, yo no voy á referir á ustedes mi vida; algun dia la conocerán. Robé al señor obispo; es verdad; robé al Gervasito, tambien es cierto. Han tenido razon en decir á ustedes que Juan Valjean era un desgraciado muy malo. Quizas no tiene él toda la culpa. Oigan ustedes, señores jueces, un hombre tan deprimido como yo no puede dirigir cargos á la Providencia ni dar consejos á la sociedad; pero, nótenlo ustedes bien, la infamia de la cual habia yo intentado salir es una cosa nociva. Las galeras hacen el galeote. Retengan ustedes esto, si les pa-

rece. Antes del presidio, era yo un pobre aldeano, muy poco inteligente, una especie de idiota; el presidio me ha cambiado. Era estúpido, y me ha hecho malo; era leño y soy tizon. Despues, la indulgencia y la bondad me han salvado, como la severidad me habia perdido. Pero, perdonen ustedes, señores, ustedes no pueden comprender lo que estoy diciendo. En mi casa hallarán ustedes, entre las cenizas de mi chimenea, la moneda de cuarenta sueldos que robé, hace siete años, á Gervasito. Nada más tengo que añadir. Préndanme ustedes. ¡Oh! el señor abogado general meneaba la cabeza, y dice: El señor Magdalena se ha vuelto loco; ¡no me creen ustedes! Eso me aflige. Á lo ménos, ¡no condenen ustedes á ese hombre! ¡Cómo! ¡estos no me reconocen! Bien quisiera yo que Javert estuviese aquí. ¡Él sí que me reconoceria!

No es posible expresar cuánta melancolia sombría y benévola habia en el acento que acompañaba á estas palabras.

En seguida se volvió hácia los tres presidiarios, y les dijo:

—Pues bien, ¡yo sí los conozco á ustedes! ¡Brevet! ¿se acuerda usted?

Interrumpióse, vaciló un momento, y dijo:

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes de punto de media á cuadros que usabas tú en el presidio?

Brevet experimentó como un sacudimiento de sorpresa, y le miró de piés á cabeza con el ademán de un hombre aterrado. Él continuó:

—Chenildieu, que te daba, tú mismo el apodo de Jenie-Dieu, tienes una grande y profunda quemadura que te coge todo el omoplato derecho, porque un dia te echaste colocando el omoplato sobre un hornillo lleno de brasas, para borrar las létras T. F. P., que sin embargo se distinguen siempre. Responde, ¿es esto verdad?

— Es verdad, dijo Chenildieu

Dirigióse entonces á Cochepaille :

— Cochepaille, tú tienes junto á la sangría del brazo izquierdo una fecha grabada en letras azules con pólvora ardiendo. Esa fecha es la del desembarco del emperador en Cannes, el 1.º de *Marzo* de 1813. Levántate la manga.

Cochepaille se levantó la manga, todas las miradas se dirigieron á él, á su brazo desnudo. Un gendarme aproximó una lámpara, la fecha estaba allí.

Aquel infortunado se volvió hácia el auditorio, y hácia los jueces con una sonrisa que todavía aflige á los que la vieron cuando piensan en ella. Era la sonrisa del triunfo, era también la sonrisa de la desesperación.

— Ya lo ven ustedes cómo soy yo Juan Valjean.

Ya no había en aquel recinto ni jueces, ni acusadores, ni gendarmes ; no había más que ojos fijos y corazones conmovidos. Nadie se acordaba allí ya del papel que á cada cual incumbía desempeñar ; el abogado general olvidaba sus funciones de acusador ; el presidente también olvidaba que estaba allí para presidir ; el defensor, que á él le tocaba defender. Cosa sorprendente, ninguna pregunta se hizo, ninguna autoridad intervino. Es propio de los espectáculos sublimes el apoderarse de todas las almas y convertir á todos los testigos en espectadores. Nadie quizás se daba cuenta de lo que experimentaba ; nadie sin duda se decía que veía resplandecer allí una grande luz ; todos se sentían interiormente deslumbrados.

Era indudable que tenían allí en su presencia á Juan Valjean. La demostración del hecho no podía ser más evidente. La aparición de aquel hombre había bastado para inundar de claridad aquella aventura tan llena de oscuridad un momento ántes. Sin que hubiera necesidad de ninguna explicación ulterior, toda aquella muchedumbre, como por una especie de revelación eléctrica, comprendió en seguida y de

una sola ojeada aquella sencilla y magnífica historia de un hombre que se entregaba para que otro hombre no fuese condenado en lugar suyo. Los detalles, las vacilaciones, las débiles resistencias posibles, se perdieron en aquel vasto y luminoso suceso.

Impresión que pasó pronto, pero que en aquel instante fué irresistible.

— No quiero molestar más al auditorio, repuso Juan Valjean. Puesto que no me prenden, me voy. Tengo mucho que hacer. El señor abogado general sabe quién soy, sabe adónde voy, y me hará prender cuando quiera.

Dirigióse hácia la puerta de salida. Ni una sola voz se hizo oír, ni un solo brazo se extendió para impedirlo. Todos se apartaron y le abrieron paso. Había en aquel momento ese *no sé* que de divino que hace que la muchedumbre retroceda en buen orden ante un hombre. Atravesó por entre el público á paso lento. Nunca se supo quién abrió la puerta, pero es lo cierto que la puerta se halló abierta cuando llegó á ella. En este momento, se volvió y dijo .

— Señor abogado general, estoy siempre á la disposición de usted.

En seguida se dirigió al auditorio :

— Ustedes todos, señores, los que aquí se hallan, me consideran sin duda digno de compasión, ¿ no es verdad ? ¡ Oh ! cuando yo pienso en lo que he estado á punto de hacer, me encuentro digno de envidia. Sin embargo, yo habría querido mejor que no hubiera sucedido nada de esto.

Salió, y la puerta se cerró del mismo modo que se había abierto ; pues los que hacen ciertas cosas soberanas están siempre seguros de hallarse servidos por alguien en la muchedumbre.

Ménos de una hora despues, el veredicto del jurado absolvía de toda culpa y pena y descargaba de toda acusa-

cion al llamado Champmathieu; y Champmathieu, puesto en libertad inmediatamente se marchaba estupefacto, creyendo á todos los hombres locos y sin comprender nada en aquella vision.

LIBRO OCTAVO

REPERCUSION

EN QUÉ ESPEJO SE MIRA EL PELO EL SEÑOR MAGDALENA

Comenzaba á amanecer. Fantina habia tenido una noche de fiebre y de insomnio, si bien poblada de imágenes dichas; á la hora del alba se durmió. Sor Simplicia, que la habia velado, se aprovechó de este sueño para ir á prepararla una nueva pocion de quina. Pocos instantes hacia que la digna hermana se hallaba en el laboratorio de la enfermería, inclinada sobre sus drogas y sobre sus redomas, y mirando muy de cerca, á causa de esa bruma que esparce el crepúsculo sobre los objetos; cuando de repente volvió la